
Alfonso Reyes y la traducción en México

Herón Pérez Martínez
El Colegio de Michoacán

Preludio

No se requiere mucha tinta para mostrar el papel que la traducción ha desempeñado en la conformación de la actual cultura mexicana.¹ Es ya lugar común o verdad de Pero Grullo, bien se sabe, el aserto de que la traducción ha sido, desde la más remota antigüedad, el mecanismo natural por el que las culturas se alimentan, crecen y se desarrollan y sin el cual —por el contrario— se aíslan y atrofian. Empero, pese a ello y pese a que ya desde hace tiempo ha habido ilustres conatos de una historia de la teoría de la traducción, en la actualidad todavía se la echa de menos. Mucho más se extraña una historia “universal” de la traducción, a secas.

Nuestra situación, por supuesto, no es una excepción. Pese a que en la cultura mexicana la traducción ha jugado y sigue jugando un papel central en su conformación, no sólo no hay hasta la fecha un cabal rendimiento de cuentas sino que no hay visos de que lo vaya a haber pronto. El presente ensayo aspira no sólo a contribuir con el habitual granito de arena, sino a motivar a alguien para que este vacío sea colmado. Escribir la historia de la traducción en México equivaldría a hacer una historia de los distintos afluentes por los que las culturas de la tierra han contribuido con su caudal a la nuestra: es hacer una lista, así sea provisional, de acreedores. La historia de la traducción en México, por lo demás, es un requisito para la historia de la teoría de la traducción en México que se desarrolla,

sobre todo, en la segunda mitad de este siglo XX. La tal teoría implica una reflexión explícita no sólo sobre el quehacer de traducir sino, desde luego, sobre la manera o maneras de llevarlo a cabo.

Hay entre nosotros, desde luego, una muy noble y muy antigua tradición de traductores. El siglo XVI novohispano es un siglo de grandes traductores, de grandes obras productos de la traducción y de grandes dosis de una creatividad que tenía como abrevadero las magnas fuentes de la teoría de la traducción renacentista que remontaban a Luis Vives, Martín Lutero, Etienne Dolet o a fray Luis de León.²

Cómo los traductores tenían conciencia de esta teoría tradicional al hacer su trabajo lo muestra un fraile traductor, el franciscano fray Juan Bautista, quien a caballo entre los siglos XVI y XVII, traduce las *Huehuetlahtolli* o “pláticas que los padres y las madres hicieron a sus hijos y a sus hijas, y los señores a sus vasallos, todas llenas de moral y política”, obra publicada en 1601. Eran textos en náhuatl de la misma índole que los recogidos por fray Jerónimo de Alcalá en lo que se conoció después como *La relación de Michoacán*³ o por fray Bernardino de Sahagún en el libro *Coloquios y doctrina cristiana*.⁴ Don José Toribio Medina⁵ menciona una nota que se lee en la página 77 y que, entre otras cosas, dice que fray Bartolomé de las Casas recibió estas pláticas del franciscano Andrés de Olmos y expone sus ideas acerca de la traducción y de los problemas que enfrentaba en la traducción náhuatl-español:

las cuales romanço de la lengua mexicana sin añadir ni quitar cosa que fuese de substancia: sacando sentido de sentido, y no palabra por palabra. Porque a veces una palabra mexicana requiere muchas de las nuestras. Y una nuestra comprehende muchas de las suyas. Y porque son mucho de notar, dice que las pone en su libro, para que se vea la gran doctrina moral y pulcía en que estas gentes bárbaras criaban y doctrinaban sus hijos.⁶

Sin embargo, no sólo la historia de la traducción en México está por hacerse sino que hay que esperar hasta el siglo XX para encontrar los primeros intentos explícitos de lo que puede llamarse una teoría mexicana de la traducción. Me refiero en concreto, a las teorías que sobre la traducción ha formulado Alfonso Reyes tanto en *El Deslinde* como, desde luego, a lo largo de su vasta obra.

Ello no quiere decir, empero, que antes no hubiera habido ningún momento estelar.⁷ Decir que la traducción ha acompañado el nacimiento, desarrollo y madurez de la cultura mexicana son ganas, desde luego, de andar descubriendo el agua tibia. Decir que la traducción se ha realizado de distintas maneras según los diferentes momentos de nuestra historia es, en cambio, un dato sobre el que poco se ha reflexionado. A la brillante y, por muchas razones, creativa traducción del siglo XVI novohispano, sigue un siglo de introspección reflexiva, el siglo XVII, caracterizado por la desaparición de algunos de los tipos de traducción que habían florecido el siglo anterior, dando paso a formas que como la traducción parafrástica permitía a la nueva cultura ir calcando moldes. Así había sido en la España del siglo XV cuando aprendió a hacer versos calcando a los maestros italianos. La traducción parafrástica todavía perdurará cuando a fines del siglo pasado don Joaquín Arcadio Pagaza traduce las *Odas* y los *Épodos de Horacio*.⁸ En el mismo siglo XVII prolifera entre nosotros una manera de traducir que podríamos llamar contrarreformista en la que el traductor, por miedos a la Inquisición, se cree en la obligación de “rasurar”, metiéndoles mano a los textos que traduce, ya para “perfeccionarlos”, ya para que no haya en ellos nada que ofenda los “oídos piadosos” de los futuros lectores: el traductor extiende hasta ese grado la obligación de su oficio.

El siglo XVIII novohispano es el gran siglo del clasicismo. Grandes humanistas, traductores todos ellos, nos muestran otros senderos de la traducción mexicana. Sus grandes temas son: la traducción clásica en México cuyos principios traductológicos pueden ser tomados de los que José de Villerías y Roel expresó tanto en sus

epigramas griegos como en sus traducciones latinas. Como botones de muestra de lo que la traducción fue en nuestro siglo XVIII podrían servir tanto la *Instrucción de la lengua latina o arte de adquirirla por la traducción de los autores. Compuesta para la particular enseñanza de unos niños* como la *Carta a un ayo* de Esteban de Orellana y, sobre todo, los grandes traductores como el inmenso don Juan José Eguiara y Eguren, Cayetano Cabrera y Quintero y, desde luego, los jesuitas expulsados: Agustín Pablo Pérez de Castro, José Rafael Campoy, Diego José Abad, Pedro José Márquez y Francisco Xavier Alegre. A todos ellos hay que agregar, sin duda, a Rafael Larrañaga traductor de Virgilio. Pero hay otro tipo de traducción que se desarrolla en México en el siglo XVIII: la traducción promovida desde la “ilustración” mexicana sobre todo del francés del que puede servir de ejemplo, nada menos, que el Padre de la Patria.

En el siglo XIX, la traducción es generada, sobre todo, en torno a corrientes que como el liberalismo y el positivismo llegan acompañadas de un tipo de traducción laica proveniente de los mundos anglohablante y francohablante, aunque no falten el italiano y el alemán y aunque la temática religiosa siga siendo productora y consumidora de traducciones, acicateada por ambas corrientes. Continúa muy viva, cómo no, la traducción clásica cultivada preferentemente por clérigos. Para muestra de ello, bastarían dos botones: la inmensa figura de Ipandro Acaico como llamó desde 1864 la Arcadia Romana al Guanajuatense Ignacio Montes de Oca y Obregón, y el ya citado Joaquín Arcadio Pagaza.⁹

Sin embargo, con Alfonso Reyes se abre un importante capítulo para la historia de la traducción en México: él reúne en sí, al mismo tiempo y de manera sobresaliente, las credenciales de traductor, de teórico de la traducción, de crítico de la traducción que también lo fue y, sobre todo, de catalizador del fenómeno de la traducción en México; él, en efecto, de ninguna manera es ajeno a la llegada y asentamiento de esa pléyade de excelentes traductores del exilio español entre nosotros; tampoco es ajeno al brillante programa de

traducción emprendido por el Fondo de Cultura Económica; de una u otra manera, Alfonso Reyes es el portero del *boom* de la traducción en el México contemporáneo.

El traductor

A no ser por el “Alfonso Reyes, traductor de la Iliada” de Germán Viveros,¹⁰ en vano puede recorrer uno hasta las 3288 fichas del *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*¹¹ —de James Willis Rob— buscando un “Alfonso Reyes, traductor” o al “Alfonso Reyes, teórico o crítico de la traducción”.¹² Si acaso alguna mención por aquí, de pasada, al gran traductor que ciertamente fue y alguna alusión, por allá, como cuando dice Jaime García Terrés que Alfonso Reyes

dio nuevo brillo a nuestros clásicos, legitimó los méritos del juego intelectual, nos aproximó (antes de Borges) a figuras como Chesterton y Stevenson, ennobleció la historia nacional, nos enseñó a jerarquizar y a formular categorías, canceló viejas supersticiones, nos mandó a viajar por el orbe entero y nos devolvió el orgullo de nuestra lengua.¹³

Y, sin embargo, Alfonso Reyes tiene sobrados títulos para todo ello. Como el tocado por el hada de la literatura que fue, habla en “El ‘Cementerio Marino’ en español”¹⁴ del “singular atractivo que todo problema de traducción ejerce sobre la mente literaria”. Es cierto: y no es difícil detectar en su obra el singular atractivo que la traducción ejerce en una mente literaria como la suya. Y en una página de *Tentativas y orientaciones*¹⁵ —“Discurso por Virgilio”— en que lamenta que el mundo universitario mexicano haya perdido sus latines el mismo Reyes exclama: “Pero ¿Quién ha dicho que el espíritu de la gran poesía queda limitado a los contornos de una sola lengua? ¿Quién ha dicho, sobre todo, que una gran civilización no puede volcarse como el agua misma en vasijas diferentes?”

Aunque desconocida, esta es, por cierto, una de las más hermosas descripciones del proceso de traducción: traducir es volcar la misma agua en vasijas diferentes.¹⁶

Hay entre la vasta producción de Alfonso Reyes, traducciones del inglés, del francés, del italiano, del portugués, del griego y hasta del latín. Se puede decir que su afán por la traducción lo acompañó toda su vida. Ya desde las primeras cartas que se entrecruzan él y Pedro Henríquez Ureña entre 1907 y 1914¹⁷ hay varias menciones e insinuaciones de las traducciones que Reyes realizaba por aquel entonces o que proyectaba realizar. Años más tarde, el regiomontano recordará sus juveniles discusiones con el gran maestro dominicano, su amigo de siempre, en torno a la traducción cuando Henríquez Ureña “trabajaba en la traducción de los Estudios griegos de Pater”.¹⁸ No por nada en su *Historia documental de mis libros*¹⁹ las traducciones constituyen un apartado fijo a partir del año 1917 aunque para entonces ya tuviera tiempo en el oficio. La muerte, como se sabe, sorprende a Alfonso Reyes en su afán de terminar su traducción de la *Iliada*.

Alfonso Reyes, ciertamente, fue todo: traductor, teórico y, cómo no, crítico de la traducción, pues para él la crítica es una manifestación vital del espíritu, dado que “el espíritu —dice— es la crítica misma”.²⁰ Pero, sobre todo, fue un potente catalizador del afán que por la traducción académica estalla en México desde fines de la década de los treinta y que tenía como meta cubrir el grave atraso bibliográfico que existía en los centros educativos del país, particularmente en la serie de universidades que esa década empezaron a cundir por el país.

Como teórico de la traducción, está desde luego su importante ensayo sobre la traducción que publica en *La Experiencia Literaria* en 1942, del que hablaremos más adelante. Y diseminadas aquí y allá en su vasta obra deja caer sentencias, comentarios y críticas a traducciones en las que, sin duda, subyace una teoría de la traducción. Como la hay, evidentemente, en sus numerosas traducciones. Así, al leer *Grata Compañía*²¹ tan pronto nos enteramos de la ma-

nera como afronta sus traducciones de Chesterton y Stevenson, que nos topamos con alguna traducción suya.²² Como crítico de la traducción, lo veremos, hay diseminadas a lo largo y ancho de su obra una serie de indicaciones, insatisfacciones, críticas formales, en el sentido estricto del término, como las que salpican su periódico-*correo Monterrey*.

Son notables, empero, las credenciales de Alfonso Reyes como traductor. En efecto, al lado de las traducciones publicadas en libros separados, su *opera omnia*, como llama Adolfo Castañón a las *Obras Completas*, están salpicadas de traducciones poéticas que desliza aquí y allá unas veces como muestra de una permanente tentación de traducir, otras por la necesidad de abrirse espacios hacia el universo humano, su universo.

Si fuera preciso poner en etapas la actividad de Alfonso Reyes como traductor pese a que, como decía, es una actividad que desarrolla, a veces a ritmo de ratos de ocio y a veces como ardua tarea, toda su vida, diríamos que son dos las etapas en la vida del Alfonso Reyes traductor: la primera al comienzo de su exilio europeo, la segunda los últimos veinte años de su vida. Su primer contacto serio con la traducción es producto de la necesidad. Las primeras traducciones que publica —que no las primeras traducciones que hace— son, en efecto y entre otras cosas, producto de la necesidad: traduce entonces para poder vivir. En “Carta a dos amigos”²³ don Alfonso se referirá a este período y a las dificultades afrontadas así: “para ganar el pan con la pluma hay que escribir mucho”. En *Historia documental de mis libros*²⁴ cuenta cómo el primer trabajo que obtuvo en su exilio en España fue el de traductor. A fines de 1914, cuando, al salir a buscar trabajo apenas instalado en Madrid, al día siguiente de haberse gastado hasta la última peseta, el portero le entrega un tarjeta de visita:

—Vino este señor a buscarlo. Que vaya usted a verlo, que lo necesita. Vive en Lista, a la vuelta.

La tarjeta era de don Luis Ruiz Contreras. Fui a verlo:

–Estoy algo cansado– dijo. Durante la cena de la otra noche lo estuve observando a usted. Se me ofrece traducir la *Historia de la Guerra Europea* que ha comenzado a publicar, en Francia, Gabriel Hanoteaux. Me conviene contar con alguien que me desbroce el camino. Después, entro yo en acción y lo voy reduciendo todo a mi estilo personal. La pago tanto por cuaderno. Aquí están los seis primeros cuadernos. Viene el invierno y usted necesita calentarse: aquí está el pago adelantado. Y salí de mi atolladero y empecé a satisfacer el apetito atrasado [...]

Es así como ingresa, impulsado por la vida real, al gremio de los traductores. Sin embargo, como el lector puede ver, se trata de traducir para un traductor: se le encomienda a Reyes lo que se suele llamar en el argot de los traductores la “primera traducción”; por la extrema necesidad en que se encuentra Alfonso Reyes la acepta como una bendición a sabiendas de que el resultado de su trabajo de traductor nunca será reconocido socialmente: es el más bajo rango en el oficio de traductor asalariado. Por allí empieza él.

Su larga permanencia en la Villa y Corte –dice Alicia Reyes– puede dividirse en dos etapas: la primera de fines de 1914 a fines de 1919, en que se sostiene exclusivamente de la pluma, en pobreza y libertad; la segunda, de 1920 a 1924, en que, tras de haber sido unos meses secretario de la Comisión Histórica Paso y Troncoso, bajo la dirección de Don Francisco A. de Icaza y en compañía de Artemio del Valle Arispe, se reintegra al servicio diplomático en la legación de Madrid (10 de junio de 1920).²⁵

Un recuento somero de las traducciones hechas por Reyes en la primera de las etapas referidas nos dice, por ejemplo, que desde 1917, en sus traducciones de Chesterton, echó a rodar por el mundo hispanohablante al Padre Brown. Publicó *Ortodoxia*,²⁶ *Pequeña historia de Inglaterra*,²⁷ *El candor del Padre Brown*²⁸ y *El hombre que fue Jueves*,²⁹ entre 1917 y 1922. Por las mismas fechas pone a circular –en 1917– su traducción del francés, en colaboración con Roberto

Blanco Fombona, de *El Derecho Internacional del porvenir* escrita por Alejandro Álvarez.³⁰ Junto a estas traducciones hay que mencionar la que con N. Tasin hizo de *La sala número 6* de Chejov.³¹ En 1919 aparecería su traducción —hecha del francés— al *Viaje sentimental por Francia e Italia* de L. Sterne.³² Desde finales de la primera década empezó a traducir a Mallarmé: estas traducciones fueron publicadas en 1938, en Buenos Aires, bajo el título de *Mallarmé entre nosotros*.³³ Con *Olalla* de Robert Louis Stevenson,³⁴ un autor múltiple que “abarca todos los tonos de la escala entre la producción del inventor romántico y la del ensayista”, el Reyes traductor hace alardes de lo que será su propuesta de que el arte de traducir es un problema perteneciente a un ámbito que debería llamarse “estilística aplicada”.³⁵

Pasan muchos años y muchas cosas en la vida de Alfonso Reyes antes de que reasuma la tarea de traductor de grandes obras. José Luis Martínez divide la vida del gran escritor regiomontano en cinco períodos: los años de aprendizaje, la década madrileña de 1914 a 1924, los años mundanos de 1924 a 1938, el período de madurez de 1939 a 1950, la cosecha final de 1951 a 1959.³⁶ Pues bien, el último período de traductor de Reyes vendría a coincidir, aproximadamente, con los períodos de madurez y cosecha final. Es, en efecto, a partir de su segunda estancia en Argentina —1° de julio de 1936— y luego en su regreso definitivo a México —enero de 1939— cuando lo encontramos enfrascado nuevamente en tareas de traductor. Es otro Alfonso Reyes, sin embargo: se trata de un traductor maduro, completo, que ha ido hilvanando al paso del tiempo una teoría de la traducción producto de su afán por escribir bien. Don Alfonso se muestra, en efecto, como un teórico perspicaz; subyacente, sin duda, en el crítico de la traducción que siempre fue y que había apurado en Monterrey en sus días de Brasil y la primera Argentina. De este segundo período son: *Doctrina y formas de la organización política* de G. D. H. Cole, con que, en 1937, Reyes estrena el Fondo de Cultura Económica; *Nomentano el refugiado* de J. Romain, publicada también en México, en Cuadernos Americanos, en abril de

1943; tres años más tarde, en 1946, aparece su traducción del inglés de la *Introducción al estudio de Grecia* de A. Petrie;³⁷ la misma editorial publicará en 1948³⁸ la traducción que hace de la *Historia de la literatura griega* de C. M. Bowra; al año siguiente rematará esta gran serie griega de traducciones del inglés con la publicación en México de *Eurípides y su época* de G. Murray. De entre las traducciones de este segundo ciclo sobresale, sin duda, la traducción de *La Iliada*³⁹ de la que hablaremos más adelante.

Sin embargo, el lapso aproximado de catorce años que media entre ambas etapas nuestro escritor no abandona un ápice su interés por la traducción. Por una parte, no sólo la práctica de la traducción poética lo acompaña toda su vida, como se ha dicho, sino que una buena parte de la cosecha de sus traducciones poéticas parece concentrarse aquí; por otra parte, de este período “intermedio” datan los mejores ensayos del Reyes crítico de la traducción. A este período pertenece la mayor parte del ya mencionado ciclo Mallarmé que empieza a ser publicado en 1932 en la *Revista de Occidente* con el título de *Mallarmé en Castellano* mereciendo la traducción al francés —por Mathilde Pomés— aparecida casi simultáneamente bajo el título de *Mallarmé en Espagnol*.

Sus primeras traducciones sobre Mallarmé, por lo demás, junto con otras de sus primeras traducciones poéticas fueron recogidas en *Huellas*.⁴⁰ Allí están: *El Castellano de Coucy*, traducido del francés del siglo XII, *Elegía a la muerte de un perro rabioso*, de la novela de Goldsmith *El Vicario de Wakefield* fechada en 1919 y *Los gemelos* de Browning. También allí aparecieron las primeras traducciones sobre Mallarmé. En *Norte y Sur*, publicado en México en 1945, Alfonso Reyes reúne materiales datables entre 1925 y 1942. Este fervor hacia Mallarmé se intensifica entre 1927 y 1939 durante sus estancias diplomáticas en Argentina y Brasil. Del mismo período “brasileño”, por ejemplo, son las traducciones del portugués de diez poemitas sacados de la antigua poesía indígena brasileña, conservadas en *Norte y Sur*.⁴¹

La traducción estilística

Quizás la primera lección sobre el arte de traducir de Alfonso Reyes venga del hecho de que sus primeras traducciones fueron producto combinado tanto de un gusto y entusiasmo literarios tanto como de un cosmopolitismo juvenil. Todavía no le agobian los nubarrones de la necesidad. Como observa José Luis Martínez, Reyes compartió con Henríquez Ureña “un juvenil deslumbramiento por el ingenio y el sentido poético de Óscar Wilde, y luego Reyes se interesará por Stevenson y por Chesterton”.⁴²

Predominan en este primer período, los intereses y, desde luego, las traducciones de textos literarios sobre los de textos expositivos o didácticos. Son bien conocidas las diferencias léxicas, estilísticas y, desde luego, sintácticas entre ambos tipos textuales. Los textos de Chesterton, por lo demás, tienen ciertas peculiaridades que hacen difícil su traducción: el vocabulario es muy concreto y descriptivo, la adjetivación es abundante y matizada, los adverbios están esparcidos con profusión, los espacios descriptivos dejados entre un adjetivo y otro o entre adverbio y adverbio sirven para matizar con precisión aspectos del relato que pese a su aparente insignificancia dan coherencia narrativa y sustentan la lógica general de la trama. Por encima de los significados lingüísticos, el traductor tiene que dar cuenta de estas características del texto de las que depende en gran medida su sentido. Los relatos chestertonianos, en efecto, están fincados en un cierto tipo de lógica que supone que la trama es una especie de rompecabezas verbal en el que deben encajar con precisión aun las más pequeñas piezas o los más pequeños detalles del texto.

El Padre Brown, en efecto, utiliza la lógica para resolver, mediante estricta deducción, los casos en que consisten la mayor parte de los relatos chestertonianos. La coherencia, por tanto, la convicción de que hay un lugar y sólo uno para cada cosa, es el principio estructurante de la narratividad chestertoniana: un detalle debe

concordar con el otro y los detalles forman cuadros de que se constituye la cotidianidad; si uno de ellos desentona entonces funciona como marca de lo insólito: hay que buscar, pues, la causa del extraño.

Esta es la principal dificultad en la traducción de los relatos chestertonianos. Como ya se sabe, cada vocablo tiene, de una lengua a otra, una gama de correspondencias léxicas que reproducen los distintos usos, matices y contextos en que funciona dicho vocablo en su lengua de origen. ¿Cuál seleccionar en la traducción? Depende, desde luego, del sentido del texto.

Pues bien, Reyes libra con éxito los obstáculos del estilo chestertoniano y pone a circular un texto límpido, en una prosa castellana de primera, donde el sentido no tiene dificultades para mostrarse y la forma es fuente de placer estético. Se puede decir que aun en estos textos en que don Alfonso parece haber tenido las premuras de la necesidad, las traducciones son excelentes. En ellas resaltan la elegancia, fluidez y simplicidad dotadas de una viveza a la mexicana y salpicadas aquí y allá, casi imperceptiblemente, con las marcas léxicas de un español peninsular que contrastan con un molde de hechura mexicana.

De la conciencia que tenía sobre las dificultades para traducir un estilo como el de Chesterton hay una referencia en *Simpatías y diferencias*⁴³ a propósito de una conversación con Wells en Madrid:

Allá, en un rincón, (dice Reyes) hablamos de mis traducciones de Sterne y de Chesterton al español.

—¡Cómo! —me dijo con asombro. Yo me figuraba lo contrario: yo me figuraba que le había costado a usted más trabajo traducir a Chesterton que a Sterne, por la excesiva vivacidad de las ideas de aquel...

—Es que la lengua de Quevedo y Gracián —le explicaba yo— está muy bien preparada para todo jugueteo de conceptos [...]

Como veremos adelante, parte de la hermenéutica practicada por Alfonso Reyes en sus traducciones consiste en conocer al escritor que se traduce, conocer su estilo, su mundo y su léxico, amén de su

lengua. Pues bien, el traductor regiomontano conocía bien a Chesterton. La cita anterior lo denota. También denota la manera de plantearse la cuestión de su lengua y de su narrativa y, desde luego, la idea que en la práctica se hacía del problema de intraductibilidad. Reyes, en efecto, enfatizará a lo largo de su teoría de la traducción, que hay una intraductibilidad lingüística; es decir que, por una parte, hay lenguas que no están preparadas para ciertas cosas como los juguetes conceptuales de Chesterton en donde apenas hay espacio para la maniobra y en donde las distinciones son muy finas; y, por otra, que de la cercanía o lejanía de un par de lenguas dependen las posibilidades de traducir ciertos tipos textuales. Sin embargo, como hemos dicho y se verá más adelante, la perspectiva desde la que Reyes aborda la traducción, la estilística, le alcanza para vislumbrar otros tipos de intraductibilidad. Sin embargo, conviene decirlo, no sólo no parece haber hecho ningún intento de relacionar ambos tipos de intraductibilidad sino que sólo en su práctica de traductor, se puede decir, se ocupa de la intraductibilidad estilística.

Parece dominar, en efecto, la reflexión sobre la intraductibilidad lingüística: nuestro traductor asume una posición contraria al conocido axioma de Nida/Taber: “todo lo que se dice en una lengua se puede decir en otra”.⁴⁴ Como vamos a ver, ciertos rincones de la teoría de la traducción de Alfonso Reyes están totalmente influenciados del pensamiento de don José Gaos,⁴⁵ otra de las glorias tanto de la historia mexicana de la traducción como de nuestra teoría de la traducción. También Gaos rechaza explícitamente este postulado. El ilustre traductor español sostiene, en efecto, que las dificultades inherentes a toda traducción radican

en que la actividad de la traducción en general presupone que **cuanto es expresable en cualquier lengua es expresable en cualquier otra**,⁴⁶ si no en forma absolutamente igual, al menos en forma suficientemente equivalente. Ahora bien, la realidad es que esta presuposición es falsa, aun tratándose de las lenguas más cercanas entre sí, en cuanto se necesita una equivalencia de cierto grado y fijeza entre determinadas expresiones para que quepa encontrarla suficiente. Esto

radica, a su vez, en el hecho bien conocido de que las expresiones, no sólo de las distintas lenguas, sino ya de una misma, tienen en su inmensa mayoría, y prescindiendo de posibles diferencias de “notificación”, sendas constelaciones de “significaciones” por las cuales coinciden –parcialmente, hasta el caso límite de la expresión de una lengua para cuya significación precisa no hay ninguna expresión en otra lengua [...]”⁴⁷

Como veremos, esta será también la teoría de la traducción profesada por Alfonso Reyes en su *Deslinde*. Más adelante señalaremos las razones de esta coincidencia.⁴⁸ En el espléndido prólogo a su traducción de *El hombre que fue Jueves* fechado en 1919 diagnostica con lucidez el estilo chestertoniano:

En *El hombre que fue Jueves*, encontramos como en síntesis, todas las características de Chesterton: la facilidad periodística para trasladar a la calle una discusión filosófica; la preocupación de la idea católica, simbolizada en una lámpara eclesiástica que el dr. Renard descolgará de su puerta para ofrecerla a los fugitivos; el procedimiento de sorpresa y contraste empleado con regularidad y monotonía en todos los momentos de la novela [...] También encontramos al crítico del arte [...] El polemista tampoco podía faltar [...]

A este estilo de Chesterton Reyes pone un único reparo que de hecho será el mismo que le pondrá a Homero:

Chesterton –dice– padece de abundancia calificativa, se llena de adjetivos y adverbios. Y como no desiste de convertir la vida cotidiana en una explosión continua de milagros, todo para él resulta “imposible, gigantesco, absurdo, salvaje, extravagante”. Pone en aprietos al traductor. Al contrario: capítulos enteros de su obra son discusiones sobre el verdadero sentido de tal o cual palabra: por ejemplo, sobre la diferencia entre “indefinible” y “vago”, entre “místico” y “misterioso”. Y construye toda una historia de las desdichas humanas sobre la ininteligencia de tal otra palabra, por ejemplo: “contemplación”.

¿Cómo traducir un escritor así? Alfonso Reyes lo hace con soltura. Deja hablar a Chesterton. Entre la fidelidad al texto de origen y la fidelidad al genio de la lengua española, parece guiarse por la última sin perder la pista de la primera. El Chesterton que brota de sus traducciones es agradable de leer, dotado de una sintaxis cuidadosamente cultivada, conserva la agilidad y la agudeza; el estilo es terso y sin violencias, tanto que el lector rara vez se percató de que está ante una traducción. Hasta cierto punto el estilo de Reyes es contrario al de Chesterton: Reyes es hombre de pocos adjetivos, Chesterton de muchos; los textos de Reyes son rápidos, en los de Chesterton predominan los esquemas. De esta manera, la traducción de Reyes, como lo hará en la *Iliada*, tiende a rebajar adjetivos pero nunca a perder el sentido.

Como prueba de lo anterior y ante la imposibilidad en un texto de esta naturaleza, una mirada al azar a *El hombre que fue Jueves*, aun con un superficial análisis, nos muestra ya con claridad las maneras que tiene nuestro traductor para afrontar la traducción. Hay, en efecto, en las entrañas de estas traducciones las características más importantes de su manera de traducir: la lengua es el instrumento del arte literario no el objetivo de la traducción; cada texto es singular y es el resultado de un acto de creación que el traductor debe respetar; no hay recetas para la traducción; por tanto, el traductor debe traducir los contenidos del texto, no las palabras, sin embargo debe ser capaz de distinguir qué palabras o expresiones forman parte del contenido de un texto por la razón que sea.

Es lo que hace con Chesterton. Hay, desde luego, en las traducciones de Reyes, como en las de cualquiera, soluciones que podrían ser tachadas de menos felices y de las que se podría discrepar. Pero ¿nos daremos a la discusión en terrenos tan resbalosos como el de la traducción en donde, como dice el propio Alfonso Reyes, “todo está en el balancín del gusto”?

De hecho tanto el Chesterton que es puesto a circular en español por Alfonso Reyes como lo poco que desgraciadamente tradujo de

Stevenson hablan un bonito español que seguimos disfrutando aún hoy. En el caso de Stevenson —como en el de Chesterton— antes de emprender su traducción don Alfonso la emprendió con su estilo como dice él mismo a propósito de la aparición de *Las nuevas noches árabes*.⁴⁹ Partiendo del viejo postulado de que el estilo es el hombre, dice que el estilo

se obtiene por un reflejo natural del temperamento en el espejo de las palabras. Mas, digámoslo así, para que la superficie de las palabras brille como espejo y refleje, pulida, al hombre interior, un lento trabajo de depuración se necesita, un estudio largo y amoroso de los giros y de los vocablos, un constante interrogarse.

En esta lección de estilística, don Alfonso plantea de pasada un principio de traducción: hay otra noción de estilo. A saber: “el estilo como procedimiento para tratar los asuntos que el autor se propone”. Ahora bien cada “asunto” tiene sus propias exigencias estilísticas: el escritor debe ser dúctil y humilde para seguirlas; o en palabras suyas “para acatar el tono mismo de sus asuntos a pesar de la identidad fundamental e inconsciente, a pesar de seguir siendo el mismo hombre, a pesar de ser el mismo estilo.” Ese estilo, pues, cambia según sean los asuntos de que trata. Es un estilo versátil. Reyes lo imagina como un estilo fundamental “sazonado con sabrosos regionalismos” o bien cargando con los caracteres literarios y humanos que cada asunto tiene y que hacen “posible provocar una armonía de asociaciones”. Stevenson, dice, poseía ese estilo: sencillo y apropiado, estilo de ecos, estilo que sigue al asunto con la fidelidad de una sombra, estilo, por tanto, que es economía, que consiste en el gusto y registro de la experiencia. Reyes confesaría, años más tarde, que su instinto de traductor iba más adelante que su teoría de la traducción:

Pero cuando traduje a estos escritores (Sterne y Chesterton), lo mismo que cuando he traducido a Goldsmith, a Stevenson, a Browning, a Mallarmé o el poemita francés del siglo XII sobre el Castellano de

Coucy (traducción muy poco feliz), tuve que encerrar las reglas como Lope, olvidar mis dudas y reflexiones y entregarme un poco al instinto.⁵⁰

Allí mismo, dejaría asentado que si el escritor debe fidelidad al asunto, el traductor —que cuando traduce es un escritor condicionado— también la debe. De ello se desprende una traductología diferencial como la defendida por Gaos y practicada por Reyes aunque fuese apenas vislumbrada en su teoría de la traducción: no hay recetas para traducir, como no las hay para escribir; según sea el asunto así será el texto pues cada asunto tiene sus propias exigencias textuales; el escritor, como el traductor, deben una primaria fidelidad a esas exigencias; dicha fidelidad es la base para la fidelidad que el traductor debe al texto de origen. En suma, Alfonso Reyes a fuer de excelente prosista, practica desde sus inicios un tipo de traducción cuyos fundamentos teóricos asumirá más tarde, en su traducción de la *Iliada*.

El sueño de un traductor

Como dijimos, el segundo período de traductor casi coincide con el regreso del desterrado a casa. Abundan las traducciones expositivas, magistrales —diría— como magistral será este período para don Alfonso. Es la época de enseñar. La *Introducción al estudio de Grecia*, la *Historia de la literatura griega*, el *Eurípides y su tiempo* y, en general, las traducciones didáctico-expositivas de este período apenas difieren de las del primer período: están muy cerca de las traducciones perfectas si es que hubiera traducciones perfectas. Alfonso Reyes aparece en todas como un excelente traductor: sus traducciones en este segundo período siguen estando en castellano del mejor. Son textos escritos en esa prosa de la que Alfonso Reyes fue renovador como diría Borges:

En los trabajos lo asistió la humana
 Esperanza y fue lumbre de su vida
 Dar con el verso que ya no se olvida
 Y renovar la prosa castellana.

El sueño de madurez del Alfonso Reyes traductor era traducir la *Iliada*. Como bien se sabe, la pasión por la cultura de la Grecia clásica, “actitud predilecta de toda una vida”.⁵¹ Y, desde luego, se puede decir que por lo que hace a la traducción literaria, la traducción de la *Iliada* es su obra cumbre, obra de su madurez como traductor. Antonio Alatorre dice que los estudios helénicos de Reyes constituyeron el “conmovero sueño de su vida” y agrega “digo ‘conmovero’ porque don Alfonso no sabía griego ni nunca estuvo en Grecia”.⁵² El mismo Reyes empieza llanamente el prólogo a su traducción con esta confesión: “no leo la lengua de homero; la descifro apenas”.⁵³ A este respecto, sin embargo, hay que escuchar lo que de él dice Ernesto Mejía Sánchez, editor tanto de la *Iliada* como de los tomos XIII a XXI de sus *Obras Completas*:

A mediados de 1948, con objeto de preparar los cursos que anualmente dictaba en El Colegio Nacional, volvió los ojos al texto directo de Homero. Aunque él se dejó decir —como él decía—, en un exceso de modestia: “No leo la lengua de homero: la descifro apenas”, haciéndose eco de aquel romance de Góngora, lo cierto es que sabía griego lo suficiente para hacerse a la empresa. A los desconfiados hay que notificar que en la Biblioteca Alfonsina se conservan en buena parte las libretas de apuntes y notas de aprendizaje, años de 1907 a 1913. El suscrito, que entiende menos griego que el Góngora del romance, sin mucho esfuerzo ha podido identificar lo siguiente: 1) copia manuscrita del texto de Luis Fernández McGregor (curso del maestro Rivas); 2) un vocabulario (en hojas sueltas sin numerar); 3) una libreta de apuntes sobre declinaciones y métrica griega, 90 pp. (1909-1912); otra libreta de “Notas técnicas”; 5) otra de “Apuntes sobre lecturas”, N° 1 de los Cuadernos de Notas, 119 pp. (1907-1913). Según el índice de temas que el mismo Reyes elaboró, el cuarenta por ciento de este Cuaderno corresponde a lecturas griegas o a observa-

ciones como ésta, que le sirvió de norma en toda su obra de helenista: “cuando se hable de los dioses griegos, no llamarlos con nombres latinos, porque éstos –aunque en el concepto vulgar significan lo mismo– no se corresponden de un modo absoluto” [...]”⁵⁴

Dejando de lado la cuestión de si Alfonso Reyes sabía o no griego, pues no cabe duda de que ciertamente “sabía Grecia” y de que su traducción de la *Iliada* es una excelente traducción, hemos de señalar, a propósito del asunto que nos ocupa, que en el prólogo que le antepone da muestras de que, finalmente, su teoría de la traducción ha dado alcance a su práctica. No voy repetir aquí lo que ya Germán Viveros dijo con acierto.⁵⁵ Recojo, sí, para la ocasión, tres de sus bien calibrados juicios:

La calidad literaria de dicho trabajo (la traducción de la *Iliada* hecha por Reyes) supera con creces a la de los que se hallan a la disposición del actual lector hispanohablante.⁵⁶

[...] Traducir de un concepto a otro y no de palabra a palabra. En la firmeza y constante aplicación de tal criterio ha de buscarse no escasa parte del mérito alcanzado por Reyes como traductor de la *Iliada*.⁵⁷

[...] El motivo inicial que tuvo Reyes para traducir la *Iliada*, y que era sólo de carácter instrumental, pronto se enriqueció con su notable elaboración metrificada, de síntesis, de explicación y de anotación; pero no sólo esto, sino que el trabajo de penetración de la *Iliada* que hizo Reyes dio a conocer su propio deleite estético a partir de los poemas homéricos en general, al mismo tiempo que puso al alcance de todos la “verdad poética” de Homero valiéndose para ello de una traducción concienzuda de buena parte de la *Iliada*.⁵⁸

Una teoría bifacial de la traducción

Según se ha podido ir apreciando, hay en la obra de Alfonso Reyes dos teorías de la traducción en algunos aspectos encontradas entre

sí: una emanada de lo más profundo de lo que podríamos llamar su instinto del texto; y otra ligada a su propuesta de teoría literaria que es *El deslinde*. Más sólida y más personal la primera que la segunda. De hecho, el Alfonso Reyes traductor adopta la primera y sólo propone la segunda dentro de su magno proyecto de sistematización de lo literario.

En efecto, el gran escritor fue conjuntando a lo largo de sus escritos una consistente teoría de la traducción que amasó y dejó consignada, principalmente, en su magna obra como traductor, o dispersa por aquí y por allá: ya en el transcurso de su teoría literaria, ya en los prólogos de algunas de sus brillantes traducciones y, desde luego, en su ensayo titulado “De la traducción”, pequeña *summa* de esta postura. Empero, cuando intenta abordar teóricamente en *El deslinde* el problema de la traducción desde el ceñido marco en que encuadra el fenómeno literario, Reyes parece sacar conclusiones contrarias a su práctica de traductor.

En el ensayo “De la traducción”, en efecto, bosqueja una teoría de la traducción emanada directamente tanto de su quehacer de traductor como de su instinto de buen literato: se trata de la teoría tradicional de la traducción formulada por los más notables traductores de la antigüedad y puesta en práctica por otros traductores. Tal parece como si la teoría de la traducción se hubiera alimentado siempre del afecto por el texto bello. Es significativa la manera como Alfonso Reyes, traductor y teórico de la traducción ya maduro por entonces, formula su idea sobre el proceso de traducción: Reyes adopta la misma fórmula que adoptaron antes Cicerón, San Jerónimo, Vives, Lutero, fray Luis de León, Etienne Dolet, Schleiermacher. En efecto, en el prólogo de la *Iliada* finalmente Reyes se suma de manera explícita a la tradición occidental sobre la traducción, vislumbra teóricamente el fenómeno y une la teoría a una práctica ya habitual en él. Por lo demás, como decía, hacia allá apuntó siempre su práctica de traductor. Parecería como si un amante de los bellos textos no pudiera, al traducir, sino desembocar en esa teoría. De su obra como traductor ciertamente no podemos sino

desprender los principios de una teoría de la traducción sólida por tradicional y madura.

La teoría del Reyes traductor

Para saber lo que Alfonso Reyes pensaba de la traducción hay, desde luego, otros textos. Entre ellos sobresale su multimencionado ensayo “De la traducción”⁵⁹ que, como se dijo, fue escrito en 1931 y reelaborado diez años más tarde. Su reelaboración, por tanto, es posterior a las conferencias de Morelia que dieron origen a *El Deslinde*. Como se sabe, estas conferencias —que fueron impartidas los días 30 y 31 de mayo, 1 y 3 de junio de 1940— versaban sobre los discursos histórico, científico y poético. El enfoque, en todo caso, del ensayo “De la traducción” —se puede conjeturar— es, sin duda, diferente por nacer de la práctica del traductor y de la sensibilidad de uno de los mejores prosistas del español del siglo XX. Arranca con una cita de las *Confesiones de un joven* de George Moore quien propone una especie de tetrálogo sobre la traducción:

Ciertos sustantivos, por difíciles que sean, deben conservarse exactamente como en el original. No hay (por tanto) que transformar las verstas en kilómetros, ni los rublos en chelines. Yo no se lo que es una versta ni lo que es un rublo, pero cuando leo estas palabras me siento en Rusia.

Todo proverbio debe dejarse en su forma literal, aun cuando pierda algo de su sentido; si lo pierde del todo, entonces habrá que explicarlo en una nota. Por ejemplo, en alemán hay un proverbio: *Cuando el caballo está ensillado, hay que montarlo*. En Francés (hay otro refrán con el mismo sentido paremiológico que dice): *Cuando se ha servido el vino, hay que beberlo*. Y quien tradujese: *Cuando el caballo por Cuando el vino*, sería un asno.

En la traducción debe emplearse una lengua perfectamente clásica; no hay que usar palabras del argot, y ni siquiera de origen muy moderno.

El objeto del traductor debe ser el no quitar a la obra su sabor extranjero. Si yo tradujese *L'assommoir*, me esforzaría en emplear una lengua fuerte, pero sin color; la lengua –¿Cómo diré?–, de un Adison moderno.

A este tetrálogo Reyes contrapone el suyo: empieza sentando un principio general importante al que poco caso se le ha hecho: “en punto a traducción es arriesgado hacer afirmaciones generales”. Es cierto que precisamente una de las tendencias de la teoría contemporánea de la traducción propone que no todos los textos se deben traducir de la misma manera. Es cierto, también, que ya san Jerónimo diferenciaba dos tipos de textos a los cuales correspondían dos maneras de traducir; y que Vives, más tarde, distinguiría como fray Luis de León distingue varios tipos de traducciones según su finalidad. Así, pues, en cuestiones de traducción, como en muchas otras, “según el sapo es la pedrada”.

En cuanto al primero de los asertos de Moore relativo a cómo deben comportarse los traductores con “ciertos sustantivos”, Reyes acepta estar de acuerdo a condición de que se especifique cuáles son esos “ciertos sustantivos”

Debió haber explicado, dice, que los sustantivos en cuestión se refieren a usos privativos de un pueblo. Pues transformar los usos no es traducir sino adaptar; como cuando, por obvias necesidades escénicas, *L'orgueil d'Arcachon* se convierte en *El orgullo de Albacete*.

A Reyes le parece repugnante la adaptación de nombres propios y más repugnante la adaptación de seudónimos aunque acepta que hubo tiempos en que “la relativa incomunicación de las culturas” y, desde luego, una especie de “atracción lingüística” –sobre todo en un medio en que el latín funcionaba como “denominador común”– hacían usual esta práctica.

Si es intolerable “Ernesto Renán”, –dice– más lo es “Anatolio France”, que, de ser legítimo, mejor pudo ser “Anatolio Francia”. Ya pasaron los tiempos en que la fuerza de la atracción lingüística y hasta la relativa incomunicación de las culturas consentían a Quevedo hablar de “Miguel de Montaña”, a Gracián decirle a John Barclay “el Barclay” o permitían llamarle al Louvre “La Lobera”.

Sienta, por tanto, el primer precepto de su tetrálogo: Los sustantivos con estas características ni se traducen ni se adaptan: se dejan como están. Ya vimos, por ejemplo, la actitud adoptada por él en cuanto a latinizar los nombres de los dioses griegos.⁶⁰ A ello equipara el problema que para el traductor representa el de que

varias prendas de vestir (carezcan) en nuestra lengua de nombre general y cómodo. Decimos “sombbrero de copa”, abominable perífrasis cuya única ventaja es ser comprensible en ambos continentes (...) Es tan enojoso el nombre de objetos semejantes al cruzar las fronteras, como cambiar la circulación a la derecha por la circulación a la izquierda.⁶¹

El principio es: “la traducción de una lengua literaria a un argot del propio país suele intentarse con un fin humorístico” ya que “el problema del argot no reside tanto en cada término aislado, sino en la atmósfera popular a que corresponde, intraducible por naturaleza”.⁶²

En cuanto al difícil asunto de cómo se han de traducir los refranes, Reyes, englobando de pasada toda la familia paremiológica bajo el nombre de “proverbios”, equipara, para efectos de traducción, los refranes con las “frases coloquiales”. Su posición es exactamente la opuesta a Moore quien establecía: “todo proverbio debe dejarse en su forma literal, aun cuando pierda algo de su sentido”. Al contrario, para Reyes, los refranes como los modismos y frases coloquiales son “por naturaleza intransferibles”. Este es su segundo precepto.

Corremos el riesgo (explica) de aprobar como bueno el que la Condesa de Pardo Bazán haya traducido del francés que una mula “sudaba por la cola”, en vez de “sudar a chorros”, como hace la mula ortodoxa en castellano. A poco apurar, tendría razón el chusco que tradujo *Rendez-vous chez les Anciens* por *Ríndase usted en casa de los antiguos*.

Curiosamente, también se nota la coincidencia entre la propuesta de nuestro teórico y la del gran traductor español de la *Biblia*, Luis Alonso Schökel, ya citado, quien al respecto dice:

Cuando existe el mismo refrán en ambas lenguas, la correspondencia estilística pide respetar cada forma peculiar. La traducción de *Besser ein Spatz in der Hand als eine Taube auf dem Dach* no es “mejor un gorrión en la mano que una paloma en el tejado”, sino “más vale un pájaro en mano que ciento volando” [...] ⁶³

En relación con ésto, Alfonso Reyes enfatiza el problema que para el traductor significan “las cosas que sólo se pueden decir en tal o cual lengua” ⁶⁴ o bien “cuando la frase original está muy impregnada del humus del terruño”. Sus principios son: los modismos no se traducen, se adaptan. En el caso de las frases impregnadas de regionalismo es fácil deslizarse hasta la adaptación.

Su tercer precepto, que coincide fundamentalmente con el de Moore, podría sonar así: en las traducciones hay que utilizar, por lo general, una variedad estándar de lengua “sin demasiados alardes castizos que adulteren su sabor original”. En realidad, se da aquí otro problema que aunque, vislumbrado por Alfonso Reyes, no lo analiza: cada texto tiene su habla y cada habla tiene sus hablantes y su ambiente vital. Al traducir un texto de una lengua a otra habrá que hacerlo a un habla equivalente. Traducirlo a otra habla, es sacarlo de su contexto y equivale, de hecho, a una segunda traducción. Al mismo Reyes le gustaba jugar con ésto: tiene, en efecto, varios ejemplos de traducciones que adulteran el sabor original del

texto de entrada por poner en boca de personajes de un determinado medio un discurso perteneciente a un medio totalmente diferente. En el mismo ensayo, páginas adelante, al recordar sus discusiones con Henríquez Ureña sobre el tema ejemplifica en forma abundante los efectos que sobre una traducción tiene el empleo de lo que él llama “el estilo familiar y casero” en contraposición al “estilo noble”. El dominicano defendía una especie de purismo, mientras que el regiomontano “era partidario de una discreta castellanización [...] tratábamos del estilo noble y familiar de la épica griega”

Como ejemplo de ello se pueden mencionar tanto los epigramas alternos de Marcial y de Mallarmé que con el título de “Transacciones con Teodoro Manlio” publicó en *Ancorajes*⁶⁵ como la traducción que con Enrique Díez-Canedo hace, imitando a Cejador, del célebre soneto de la *Vita Nuova* de Dante fechada en enero de 1919:⁶⁶

*Tanto gentile e tanto onesta pare
la donna mia quand'ella altrui saluta,
che'ogne lingua deven tremando muta,
e li occhi no l'ardiscon di guardare.*

*Ella se va, sentendosi laudare,
benignamente d'umiltá vestuta;
e par che sia una cosa venuta
da cielo in terra a miracol mostrare.*

*Mostrasi sí piacente a chi la mira,
che dá per li occhi una dolcezza al core,
che 'ntender no la puó chi no la prova;
e par che de la sua labbia si muova
un spirito soave pien d'amore,
che va dicendo a l'anima: Sospira.⁶⁷*

La traducción castellana de Francisco Almela y Vives dice así:

Muéstrase tan hermosa y recatada
la dama mía si un saludo ofrece
que toda lengua, trémula, enmudece
y los ojos se guardan la mirada.

Sigue su rumbo, de humildad nimbada,
y al pasar ella su alabanza crece.
Desde los cielos descender parece
en virtud de un milagro presentada.

Tan amable resulta a quien la mira,
que por los ojos da un dulzor al seno
que no comprenderá quien no lo sienta.

Y hasta parece que su boca alienta
un hálito agradable, de amor lleno,
que va diciendo al corazón: ¡Suspira!

La traducción de Reyes es en broma e imitando el estilo de Julio Cejador y Frauca. Fue publicada más tarde en número 6 de la revista italiana *La Rassegna*, de Achille Pellizari, en nota al margen, ponía la traducción en boca *Da un arguto spirito iberico, uno di quegli ammirevoli studiosi che sono el piu valido propugnacolo e il piú splendido segno della rinascenza odierna della grande Spagna*. El editor de *La Rassegna* llama a la traducción de Reyes *versione-parodia*. *Versione del soneto*, dice, *parodia del modo di intendere e tradurre la poesia*. Oigamos la traducción de Reyes:

Tan gallarda y cerrera va mi moza
Cuando topa en la calle con alguno
Que nadie chista, y hasta el más frailuno
De sólo ver sus cachos se alboroz.

Le zumba, se le corre y le retoza
 La risa ante el requiebro inoportuno.
 Si hay Dios y hace milagros, éste es uno:
 Esto es canela, y lo demás es broza.

Tanto se regodea quien la mira
 Que la asadura al fin se le derrite
 Y no se para hasta que no la prueba.

Y tanta enjundia en la persona lleva,
 Tan socarrona es que, ante un envite,
 Responde: –¡Aprieta!– por decir: ¡Suspira!

En su ensayo (“De la traducción”) Reyes aporta otros ejemplos. Como traducir el diálogo de Gorgo y Praxínoa en las *Siracusanas* de Teócrito “vertiéndolo de propósito en un estilo familiar y casero”⁶⁸ así:

GORGO.- ¿Está en casa Praxínoa?

PRAXINOA.- ¡Dichosos los ojos que te ven, querida Gorgo! Aquí me tienes. ¡Euné, hija: pronto! Acércale una silla y ponle un cojín.

O bien este otro texto tomado hipotéticamente de la *Iliada*. Dice Reyes:

Supongamos que el texto griego dijera: “¡Oh, Pélide! Narra con aladas palabras tus aventuras con Brixéis”. Pues bien: Peláez es el apellido castellano de Aquiles, hijo de Peleo o Pelayo; y Brixéis o Briseida suenan a etimología de Brígida. Luego mi hexámetro bárbaro diría así:

Anda, Peláez, vé diciendo cómo te ha ido con Brígida.⁶⁹

Se sustenta, por tanto, lo dicho: en las traducciones hay que utilizar, por lo general, una variedad estándar de lengua “sin demasiados alardes castizos que adulteren su sabor original”.

El cuarto precepto dice: hay varios tipos de traducciones. Por un lado, está “la traducción científica, que tiende a quedarse más o menos en el tipo interlineal de las ediciones escolares de Hachette”.⁷⁰ La traducción científica está, según Reyes, en uno de los extremos de la traducción a secas.

Preferida por los eruditos modernos –dice– y que tiende al tipo interlineal, hay que confesar que frecuentemente encontramos monstruosidades técnicas, que no logran hacer entrar en la intuición del lector de un texto clásico, por miedo a adulterarlo entregándose demasiado al genio de la propia lengua.⁷¹

Reyes lamenta aquí las traducciones serviles con pretensiones científicas; con la pretensión, digamos, de pasar por una versión científicamente hecha de un texto. Encuentra en ellas, por un lado “monstruosidades técnicas” y, por otro, que no logran ni captar ni hacer captar “el sentido humano de un texto clásico”. En relación al texto original, empero, las coloca en primer lugar: son, dice, “traducciones que respetan la distancia (con el texto original), aunque sean inevitables en ellas los desvíos de la belleza formal y aun cierta dosis de galimatías”.

Don Alfonso reconoce un segundo tipo de traducciones: son traducciones, dice, “que acercan o acortan la distancia (con el texto original), aunque sean inevitables en ellas los errores de semejante violencia”; la ocasión de esas traducciones le permite referirse a “los viejos traductores de griegos y latinos” que sin ser ellos mismos grandes escritores, escribieron “al caminar sobre la pauta que les da el modelo original” excelentes páginas, “preciosas muestras de la prosa castellana” que no tuvieron, empero, la fortuna de ser recogidas por ninguna antología.

Reyes establece una especie de escala de cercanías entre estos dos tipos de traducciones y el texto original. Si se quisiera introducir a alguien a un texto antiguo, dice, primero habría que ponerlo en contacto con las versiones literarias y luego con traducciones litera-

les. Cada una de estas maneras de traducir, pues, tiene su función: la primera resalta los valores literarios y permiten al lector captar “el sentido humano de un texto clásico”; la segunda es de tipo técnico y sirve para estudiar sus peculiaridades lingüísticas y textuales.

Hay otro texto de Alfonso Reyes relativo a la traducción.⁷² Él soñaba, por entonces, en una obra en que contuviera “las confesiones de los traductores”. “Yo he confesado también *coram populo* ciertas vicisitudes del traductor propias y ajenas. Por desgracia tales documentos no abundan”.

Con ellas pensaba don Alfonso poder levantar poco a poco “un inventario de problemas de grande utilidad para la estilística”. Como ya hemos dicho, la teoría de la traducción formulada por Reyes es vista desde dos perspectivas principales: la estilística y el plano de las lenguas. La perspectiva estilística de la teoría de la traducción es, puede decirse, una adquisición de su estancia en España. Su concepto de estilo está muy emparentado con el de los Alonso.⁷³ En cambio la perspectiva lingüística le llega, a través de Gaos, de los ambiguos terrenos de la filosofía del lenguaje.

También en los prólogos de algunas de sus traducciones, formuló Reyes importantes principios de traducción en esta misma línea cuya exposición, desde luego, rebasan las posibilidades y propósitos de este ensayo. Así, en “*Las Nuevas noches árabes de Stevenson*”⁷⁴ Reyes expone su idea de estilo aplicada a Stevenson y a las obligaciones de allí derivadas para el traductor. Y en “*El hombre que fue Jueves de Chesterton*” pone en práctica algunos de los principios más eximios de la hermenéutica, ciencia emparentada con la traductología y cuya primera operación fundamental se refiere a la comprensión del texto, la cual a su vez incluye, entre otras cosas, comprender el objeto a que se refiere el texto y comprender al autor que ha escrito el texto. Pues bien, a ello se dedica Reyes en su prólogo de modo que su texto bien hubiera podido titularse: “El Chesterton de *El hombre que fue Jueves*”. En otros escritos Reyes se adentrará en los objetos textuales de Chesterton.

En el “prólogo” a la *Iliada*, en cambio, como ya se ha dicho, expone una teoría de la traducción quizás fruto de la madurez, quizás fruto de las dificultades afrontadas y resueltas con éxito en su traducción. Dicha teoría, coincide con la doctrina tradicional de la traducción hasta adoptar su misma terminología. Héla aquí en lo substancial:

No ofrezco un traslado de palabra a palabra, sino de concepto a concepto, ajustándome al documento original y conservando las expresiones literales que deben conservarse, sea por su valor histórico, sea por su valor estético. Me consiento alguna variación en los epítetos, cierta economía en los adjetivos superabundantes; castellanizó las locuciones en que es lícito intentarlo. Hasta conservo algunas reiteraciones de sujeto, características de Homero, y muy explicables por tratarse de un poema destinado a la fugaz recitación pública y no a la lectura solitaria. Pero adelanté con cuidado y prudencia, sin anacronismos, sin deslealtades. La fidelidad ha de ser de obra y no de palabra.⁷⁵

Las palabras son las de Cicerón o las de Jerónimo: transmitidas a lomo de traducciones durante siglos llegan hasta la pluma también traductora de Reyes. Su teoría, en efecto, recoge la advertencia horaciana “no viertas, fiel traductor, palabra por palabra”; advertencia que fue de Cicerón, que fue de Jerónimo, que fue de la Escuela de Traductores de Toledo, que fue de Vives, que fue de Lutero, que fue de Dolet, que fue de Frazer Tytler, que fue de Goethe, que será suya, de Alfonso Reyes, quien la remonta hasta Cicerón cuyas palabras cita enseguida: “No creí necesario traducir palabra, pero conservé el valor y la fuerza de todas ellas: no las conté, sino las pesé”.

La teoría de la traducción en *El Deslinde*

La teoría literaria de Alfonso Reyes, para bien o para mal, no pierde de vista nunca al problema de la traducción. En *El Deslinde*, su

obra cumbre de teoría literaria, en el “deslinde poético”, cuando discute la naturaleza verbal de la literatura, se plantea, quizás influenciado por Gaos, el problema de la traducción literaria.

Sin embargo, cabe aclarar, que si de extensión de páginas se trata, el problema de la traducción es lateral en relación a los asuntos de que se ocupa *El deslinde*. Se ocupa explícitamente de él en un apartado del “deslinde poético”, en la segunda parte, al tratar de “la vinculación idiomática de la literatura”,⁷⁶ advirtiendo que “aquí no entramos en particularidades del problema, ya en otra ocasión consideradas”. Resulta que esa “otra ocasión” es el ya considerado ensayo “De la traducción”. En principio, pues, parecería que Reyes refrenda todo lo dicho en ese ensayo. Sin embargo, las perspectivas y las conclusiones que en *El deslinde* saca son diferentes.

El punto de partida es la convicción que tiene Reyes de la “vigencia internacional de los valores literarios”,⁷⁷ pues, dice, “lo literario es anterior a la literatura” la cual “sólo empieza con el lenguaje”.⁷⁸ Desde esta perspectiva, Reyes define la traducción como “el traslado de la misma arquitectura semántica, de una a otra poética”.

Para entender ésto, hay que recurrir a su teoría literaria y a la terminología que para ella acuña. Reyes distingue entre “coloquio” y “paraloquio”. El “coloquio” es, dice, “el lenguaje de nivel más humilde y práctico” que en las conocidas palabras de Berceo sería el lenguaje “en el cual suele el pueblo hablar a su vecino”. Los “paraloquios”, en cambio, son los lenguajes especiales. Es, dice, el “lenguaje *sui generis* o lenguaje ‘al lado’, ya en su fase teórica pura, ya en la fase mixta o teórico práctica”;⁷⁹ hay paraloquios teóricos y paraloquios teórico-prácticos. Los primeros, a su vez, pueden ser no literarios –como la filosofía, la ciencia, la teología– y literarios. Los paraloquios teórico-prácticos, en cambio, son los del lenguaje ritual amén de la retórica considerada por Reyes como un paraloquio mixto.⁸⁰ En el lenguaje, Reyes distingue también “entre lo significado y su formulación verbal” –relación semántico-poéti-

ca. A las unidades de lo significado los llama semantemas; a la formulación verbal de un semantema, lo llama Reyes poetema.

La influencia de Gaos es evidente. Alfonso Rangel Guerra hace notar que el domingo 23 de junio de 1940 –cuando Reyes estaba enfrascado en la elaboración de su *Deslinde*– aparece en el Diario de Reyes “la primera referencia a Gaos”.⁸¹ Domingo a domingo, don José llegaba con su esposa de visita a casa de Reyes, normalmente para comer, y se pasaban la tarde en “charla de ideas” semanal, como la llama Reyes y de la que diría pocos meses después: “pocas cosas mejores en este momento de mi vida que los diálogos con Gaos”.⁸² Estas visitas irán construyendo una amistad que dura hasta la muerte de Reyes a fuerza, como dice Gaos, de “pasar con él durante años varias horas de la tarde todos los fines de semana por la tarde”. Pues bien a resultas de estos diálogos, Reyes asume la perspectiva fenomenológica que ciertamente marcará su *Deslinde* precisamente en el asunto que nos interesa: la teoría de la traducción. Alfonso Rangel Guerra resume muy bien el trance y la conjetura con estas palabras:

No es difícil [...] que los diálogos de Reyes y Gaos, en los meses finales de 1940 y los primeros de 1941, desembocaran en el mes de agosto en problemas de fenomenología. El método de trabajo que ofrecía la fenomenología para el nuevo enfoque de *El Deslinde* debió interesar profundamente a Alfonso Reyes, pues poco después ingresó a la International Phenomenological Society [...]⁸³

A resultas de ello, Reyes introduce en su *Deslinde* términos como *noético*, *noemático*, *poético*, *semántico*, etc. y una serie de nociones que le servirán luego para formular, entre otras cosas, su teoría de la traducción. Por lo demás, que por esos días –1941– le interesara el problema de la traducción lo prueba el hecho de haber rehecho entonces su ensayo “De la traducción”, escrito en 1931. He aquí, pues, en palabras de Alfonso Rangel Guerra, la teoría del lenguaje de Reyes:

En el lenguaje del coloquio, diferentes poetas pueden alcanzar la significación deseada, lo que quiere decir que para referirse a un semantema determinado pueden utilizarse indistintamente varios poetas, sin que esto signifique que llegue a modificarse el semantema en cuestión. En consecuencia, en este caso se presenta un mínimo de cohesión semántico-poética o indiferencia. Pero al pasar a los parlamentos y según el lenguaje de que se trate, es decir, dependiendo del lenguaje o disciplina que se trabaje, encontraremos una mayor cohesión, es decir, una menor posibilidad de aplicar diferentes poetas para significar el mismo semantema, hasta llegar al extremo de que a un determinado semantema corresponda únicamente un poeta. El máximo rigor o mayor cohesión se presenta en el parlamento literario y en otros parlamentos no literarios, como el parlamento científico (según el lenguaje de que se trate), así como en el ritual; el menor rigor o mayor desapego o indiferencia semántico-poética se presenta en el coloquio.⁸⁴

En relación al problema de la traducción que nos ocupa, como decía, entiende la traducción como “el traslado de la misma arquitectura semántica, de una a otra poética”. Por arquitectura semántica, hay que entender aquí la estructuración de los contenidos. Por poética, en cambio, habrá que entender la manifestación lingüística de los contenidos estructurados por la arquitectura semántica. Lo que se traduce, pues, son los contenidos semánticos: se los traslada de una “ejecución verbal” a otra. Es decir, de una poética a otra: en la traducción, dice Reyes, “la semántica se conserva, la poética se crea de nuevo”. Es, después de todo, lo que dice la tradición de occidente sobre traducción: lo que se conserva en la traducción son los contenidos, no las palabras; las estructuras verbales pertenecen a las lenguas y cambian de una lengua a otra, los conceptos son translingüísticos.⁸⁵

Pese a una primera impresión en contrario, la concepción que Reyes tiene del lenguaje y, por ende, de la traducción, está dentro de la teoría vonhumboldtiana del lenguaje. Por una parte, rechaza explícitamente que la traducción sea algo tan mecánico “como el

trasiego del vino en vasijas”;⁸⁶ por otra parte, la arriba bosquejada teoría del texto de la que desprende su teoría de la traducción pone de manifiesto, precisamente, la estrecha cohesión entre forma verbal y contenidos, excepción hecha del lenguaje cotidiano o habla vulgar. Aun en este caso y “en los casos donde cabe en principio el mayor despego”, dice Reyes, la libertad del traductor con respecto a su texto de origen no es tanta que pueda compararse a la del

estudiante de retórica a quien simplemente se le dan los temas para que los ponga en su propia fraseología. Aquí la creación no es absoluta sino a pie forzado. El traductor de obra no literaria no sólo tiene que emprender un trasiego –imagen muy querida por Reyes para el proceso de traducción– semántico, sino procurar también cierta correspondencia de frases y palabras. Lo cual comunica al paraloquio no literario, en el caso singular de la traducción, un exaltado valor reflejo que de cierto modo lo acerca al problema poético de la redacción literaria.⁸⁷

Es probable que cuando Reyes habla del “paraloquio no literario” esté pensando en el lenguaje filosófico. Los otros paraloquios por él considerados no tienen la cohesión que Reyes les atribuye. Pese a que los lenguajes científicos tienden a la monosemia o, quizás, precisamente por ello, el hecho de su acontextualidad y el hecho de usar una sintaxis cuyas estructuras son generalmente estables y de tendencias paratácticas hacen que el problema de la traducción de textos científicos sea fundamentalmente de tipo léxico-semántico y tenga poco que ver con lo que Reyes llama poéticas. En efecto, como dice Luis Alonso Schökel “el lenguaje técnico busca una univocidad que pueda conservarse intacta a través de viajes por diversas lenguas”.⁸⁸

En los lenguajes científicos, en efecto, lo importante son los contenidos –las estructuras semánticas– que, en general, no dependen de la forma en que están expresados –“poética”, en la terminología de Reyes. En el lenguaje literario, por el contrario, los contenidos –las semánticas– pasan a segundo término –como muy bien lo

puso de manifiesto Jakobson y antes de él tanto el formalismo ruso como el Círculo de Praga— mientras que las formas en que están expresados —las poéticas— ocupan el primer plano. Es muy probable la influencia de Gaos en este problema. Para comprobarlo, basta con comparar *El Deslinde* con la teoría de la traducción que don José expone en *Introducción a El ser y el tiempo de Martín Heidegger*.

Reyes, como Gaos, estudia el problema desde la perspectiva de las lenguas, no de los textos. Es así, en efecto, como se plantea el problema de la intraductibilidad. Para él tanto la traductibilidad como la intraductibilidad dependen de la cercanía del par de lenguas implicado en la traducción. Reyes —como Gaos— supone que hay correspondencias formales en pares de lenguas suficientemente emparentadas; que según sea mayor el parentesco, mayores serán estas correspondencias y viceversa. Desde su punto de vista expresado en *El Deslinde*, en efecto, la traducción de textos de alta cohesión se va haciendo imposible hasta llegar a la “paráfrasis interpretativa” como llama Reyes a la transferencia en que por la distancia de las lenguas, ya no son posibles las correspondencias formales.

Las correspondencias formales [dice] posibles en diversos grados entre las lenguas emparentadas, se van dificultando por puntos a medida que se trata de lenguas más distantes, donde no sólo son distintas las estructuras verbales, sino las estructuras semánticas implícitas. Y llega un momento en que ya no hay verdadera traducción, sino mera paráfrasis interpretativa; y aquí —no por libertad, sino por imposibilidad, no por lo que la lengua nos da, sino por aquello de que nos priva— la traducción sí que se vuelve una re-creación poética sobre una pauta semántica determinada, donde la fidelidad de orden verbal se reduce al respeto de las series mentales. Las observaciones anteriores, aplicables en general a toda traducción, asumen mayor exigencia de fidelidad cuando se trata de la traducción literaria, puesto que ésta debe satisfacer la valoración de las tres notas lingüísticas, dentro de su propio idioma y en el sumo grado literario.

Así, pues, según Reyes la paráfrasis interpretativa es el único sendero que puede ser transitado por el traductor en aquellos lenguajes de alta cohesión y en aquellas lenguas cuyo parentesco remoto no permite las correspondencias formales: la paráfrasis empieza donde la traducción termina. Traducido a palabras de Alfonso Rangel Guerra:

La literatura, afirma Alfonso Reyes, está vinculada idiomáticamente, y por lo mismo la cohesión semántico-poética se produce en una lengua determinada. El traslado de una lengua a otra, la traducción de uno a otro idioma, se propone llevar los mismos semantemas a diferentes poematas. La dificultad radica precisamente en la cohesión semántico-poética [...] La traducción supone la creación de una nueva poética para un mismo semantema, problema que se presenta incluso en la traducción de obras no-literarias. Pero en el caso del lenguaje literario, la dificultad es mayor, porque al modificarse el orden y conformación poéticos de una obra, inevitablemente se modifica el orden y el contenido semánticos [...] ⁸⁹

Una puerta tan estrecha como la que Reyes deja en *El Deslinde* a la traducción da la impresión de entrar en franca contradicción con muchas cosas en la medida en que se pone en contra de la traducción, a secas; parece estar, desde luego, contra la teoría que él mismo profesará de palabra y de obra a lo largo de sus escritos: su traducción de la *Iliada*, por ejemplo, sigue siendo traducción pese a tratarse, desde luego, de un texto de alta cohesión, y pese a que, de hecho, Reyes crea allí con mucho acierto nuevos poematas castellanos para los viejos semantemas griegos. Significaría, entre otras cosas, que la teoría de la traducción tradicional suscribe la paráfrasis como única vía de traducción y que, por tanto, cuando Reyes se suscribe a esa teoría y tradición ciceroniana de la traducción, por ejemplo en el “prólogo” a la *Iliada*, –“no creí necesario traducir palabra por palabra, pero conservé el valor o la fuerza de todas ellas: no las conté, sino las pesé”– está automáticamente renunciando a la traducción y adoptando la vía de la paráfrasis. Significaría,

al menos, que lo que la tradición ha llamado tradicionalmente traducción debería llamarse sólo paráfrasis. La posición adoptada aquí por Reyes respecto a la traducción es, desde luego, un amplio tema para la discusión.⁹⁰

A primera vista parece abusivo llamar parafrástica a la traducción que por respetar el genio de cada lengua y para conservar íntegros los contenidos del texto de origen modifican la forma —la poética, diría Reyes. Ello significaría que lo que Cicerón, Horacio, Jerónimo, Vives, etc. y, en general, la tradición occidental ha tenido por traducciones sólo merecen ser llamadas paráfrasis. Si el nombre de traducción sólo debe aplicarse a las traducciones palabra por palabra, ¿no sería bueno encontrar un nombre para esas otras versiones en que el traductor, como Cicerón, “no cree necesario traducir palabra por palabra, pero conserva el valor o la fuerza de todas ellas: no las cuenta, sino las pesa”?

La teoría de la traducción echa de menos una taxonomía de tipos de traducción con su respectivo sistema denominacional a fin de poder llevar a cabo una discusión seria de los principios de la traducción. Las modernas ciencias del texto, en efecto, han puesto de manifiesto no sólo la gran diversidad textual sino la gran diversidad lingüística que hay entre los diversos tipos textuales: en cada tipo textual la lengua se realiza de una manera distinta. La incipiente diferenciación textual de Alfonso Reyes en la que propone posibilidades distintas de traducción para ellos, sugiere lo que parece ser la orientación actual en la teoría de la traducción: una teoría diferencial de la traducción. Después de todo, la historia de la traducción demuestra que de hecho ha habido varias maneras de entender la fidelidad al texto original. Quien echa una mirada en la actual teoría de la traducción que anda por los corrillos académicos se convence pronto de que anda dividida, como lo ha andado desde siempre, entre quienes siguen la letra por seguir el texto y quienes buscan el sentido también por respetar el texto. Hay ya, a la fecha, un buen archivo de acusaciones y hasta insultos en ambas direcciones. Los investigadores de la traducción en México y, desde luego los traduc-

tores, deberían pugnar por crear las condiciones para una discusión, sin sarcasmos ni vilipendios, que permita avanzar hacia una teoría de la traducción menos sectaria.

El crítico de la traducción

Reyes tenía una gran vocación a la crítica. En *Al yunque* publicó su ensayo titulado “génesis de la crítica”⁹¹ en el que se refiere, desde luego, a la crítica literaria. Su tesis es: aunque creación, la crítica tiene una función condicionada por la textualidad a la que se refiere; en el caso de la literatura “puede haber literatura sin crítica, nunca crítica sin literatura”. Como dirá en *La crítica en la edad ateniense*:

Esta ciencia –la de la literatura– es resultado, por una parte, de la acumulación de obras y críticas en el curso del tiempo, acumulación que facilita generalizaciones y enseñanzas; y, por otra parte, es resultado de la inserción del espíritu científico, tan desarrollado en el último par de siglos, sobre el cuerpo de los estudios literarios.⁹²

Ya se sabe, por lo demás, que, para nuestro autor, la crítica tiene tres grados: la impresión, la exégesis y el juicio. Todo ello es válido, *mutatis mutandis*, para la crítica de la traducción. Las circunstancias de este texto me impiden hacer siquiera un repaso por estos territorios de la prosa de Reyes. Cito un par de casos a guisa de ejemplos.

En *Cuestiones gongorinas*⁹³ Reyes publica una crítica suya a una traducción francesa de *La fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora hecha por un tal Marius André. En ella luego de “saludar con gusto” la mencionada traducción sienta su tesis: esa traducción está avalada por “los métodos de la razón y el entendimiento: la historia del lenguaje, la interpretación de los procedimientos alegóricos del poeta, la crítica de textos...” Y luego se dedica a demostrar la tesis. Para ello despliega una serie de premisas que le servirán para desentrañar las cualidades de la traducción de André:

La traducción de Marius André es un gran esfuerzo de “literalidad”, de lealtad al original [...] Debajo de esta nimia literalidad, que a veces parece un calco mecánico del texto español, palabra a palabra, ¡Cuánta fatiga se esconde, cuánta duda, cuánta consulta, cuánta rumia de frases, cuánto revolver de libros y autoridades! [...]

Sin embargo, para traducir literalmente no basta ir vertiendo las palabras de una a otra lengua. Aparte de que cada lengua tiene sus expresiones estereotipadas, que son por sí mismas inexplicables, la sintaxis no es producto de la lógica. Y menos aún cuando entramos en la intrincada selva del castellano del siglo XVII; y mucho menos en la selva oscura –por antonomasia– de la sintaxis gongorina. Pues ¿y la erudición de Góngora? ¿Y las reconditeces y misterios de la alusión histórica o mitológica, que confundían a sus más cercanos comentaristas? [...] Para traducir literalmente –continúa don Alfonso– hay que comenzar por entender plenamente el original más allá de las palabras, si puede decirse. Desde luego, para traducir del español, no basta conocer las palabras españolas: hay, además, que “saber español”. Con mayor razón, para traducir a Góngora hay que conocer el léxico gongorino, pero además hay que “saber Góngora”.⁹⁴

Hecho lo cual, Reyes enumera las cualidades de la traducción de André, la mayor de las cuales es que “bajo su tersa apariencia, oculta una infinidad de cuestiones seriamente planteadas y gallardamente resueltas o combatidas”.⁹⁵ Y en *Monterrey*, su correo literario,⁹⁶ en “Boletín Gongorino”, reseña una traducción de las *Soledades de Góngora* hecha por Edward Merion Wilson con estas encomiásticas y ponderadas palabras que nos muestran lo que para él ha de atenderse en una traducción como esa:

Edward Meryon Wilson ofrece una hermosa traducción, en verso y en rima, de las *Soledades de Góngora*, conforme al texto de Dámaso Alonso, precedida de una introducción precisa, personal y hasta útil, donde traza brevemente la vida del maestro cordobés, señala los caracteres de su poesía, analiza el poema objeto de su traducción, menciona los otros poemas principales y, al tratar de la influencia de

Góngora, reseña las traducciones inglesas que existen de su obra [...] El traductor tuvo naturalmente que prescindir, por regla general, de las torturas sintácticas, absolutamente imposibles de trasladar al inglés, y sólo conservó alguna excepcional acrobacia de hipérbaton [...] El traductor tuvo el valor de sujetarse a la consonante, sin que la distancia de siglos y lenguas le acobardara. Si, a pesar de esta acumulación de obstáculos —y más tratándose de poesía tan difícil—, el traductor ha salido adelante, y con raro acierto ¿hace falta mayor elogio?

Como se ve, la crítica de la traducción practicada por Reyes tiene el mismo porte que su primera teoría de la traducción, la que es producto de su quehacer de traductor: es una crítica alimentada por la estilística. Así, pues, la crítica de la traducción, ese raro, subordinado y muchas veces vilipendiado arte tiene, como toda crítica científica, la importante función de la autocorrección que en las comunidades científicas suele determinar los paradigmas epistemológicos en vigencia: con mucho camino por recorrer entre nosotros, como las otras críticas, tiene, sin embargo, en Alfonso Reyes un maestro.

Recuento final

En muchos sentidos, Alfonso Reyes es pionero de la teoría de la traducción del siglo XX aunque sólo se haya ocupado tangencialmente de ella. Reyes sabe adelantarse al interés del siglo XX por la traducción nacido de los fragores de la segunda guerra mundial. Como se sabe, pese a que durante la primera mitad del siglo no habían dejado de escribirse obras que mostraban el interés permanente por la traducción, es la segunda guerra mundial la que despierta entre los países participantes un verdadero entusiasmo por la traducción. Las obras escritas antes de ella se ocupaban de las viejas teorías de la traducción repitiendo los lugares comunes que se habían creado sobre el asunto.

Así, el alemán W. Fränzel, había publicado en Leipzig, en 1914, su *Geschichte des Übersetzens in 18. Jahrhundert*; mientras F. R. Amos publicaba en Nueva York, seis años después, su *Early Theories of Translation*. Hubo, desde luego, otros trabajos importantes sobre la traducción en la primera mitad del siglo XX. Cito, por ejemplo, el libro de J. P. Postgate, *Translation and Translations*, publicado en Londres en 1922 o el de E. S. Bates, *Modern Translation*, aparecido en Oxford en 1936. En este contexto, *El deslinde* de Alfonso Reyes es una obra verdaderamente original y pionera. Los franceses J. P. Vinay y J. Darbelnet con su *Stylistique comparée du français et de l'anglais*⁹⁷ y el ruso Fedorov con *Introducción a la teoría de la traducción*,⁹⁸ a quienes los europeos siguen considerando pioneros de la teoría de la traducción, aparecerían hasta la década de los cincuenta y Eugene A. Nida aunque había publicado en Nueva York, en 1947, su libro *Bible translating. An analysis of Principles and Procedures with Special Reference to aboriginal languages*, no sólo es posterior a Reyes sino que no se ocupa, propiamente, de teoría de la traducción bíblica.

Quedaría pendiente el Alfonso Reyes catalizador de la traducción en México. Sin embargo, ese es un capítulo que tiene que escribirse después de que se haga un balance de lo que el exilio español aportó a la traducción en México y de que se escriba la historia del Fondo de Cultura Económica. Al terminar, no puedo dejar de hacerlo con las palabras de Jorge Luis Borges y Etienne, dos escritores amigos que fueron de Alfonso Reyes. El argentino escribió:

Pienso en Reyes como en el más fino estilista de la prosa española de nuestro siglo. En materia de escritura aprendí mucho de él en cuanto a sinceridad y simplicidad. Reyes fue también un excelente traductor. Chesterton fue uno de los favorecidos por las excelentes traducciones que hizo de su obra. Era un escritor que manejaba el inglés y el francés casi como el castellano; además sabía latín y griego. Su traducción de las *Versiones Homéricas* es admirable [...] ⁹⁹

Yo por mi parte diré con el francés Etienne: “Sólo me queda desear que este excelente traductor sea por fin traducido [...]” y estudiado, agregaré yo.¹⁰⁰

Notas

1. Gilbert Highet, en su obra ya clásica *La tradición clásica* (dos tomos, segunda reimpresión, México, FCE, 1986, tomo I, p. 168 y ss), al señalar el papel jugado por la traducción en la cultura de los pueblos y, señaladamente, en el renacimiento europeo, dice:

la traducción, ese arte tan descuidado, es en la literatura un elemento muchísimo más importante de lo que la mayoría de nosotros cree; pero a menudo contribuye a la creación de las grandes obras. Particularmente importante fue en el Renacimiento, época de las obras maestras [...] Los niveles intelectuales de cada nación europea han correspondido muy de cerca a la importancia alcanzada en su educación por el conocimiento y traducción de alguna lengua cultural extranjera.
2. Para un somero estado de cuentas sobre la teoría de la traducción en occidente puede verse nuestro *Lenguaje y tradición en México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1989, pp. 35-62.
3. Véase la edición que presenta Francisco Miranda en la Colección Cien de México, México, SEP, 1988. Es opinión aceptada comúnmente entre los estudiosos de *La relación de Michoacán* que esta obra es, en buena parte, la traducción al español de informaciones en lengua purhé recabadas por el fraile quien dice de su labor: “esta escritura y relación presentan a Vuestra Señoría los viejos de esta Ciudad de Michoacán y yo también en su nombre, no como autor sino como intérprete de ellos [...] yo sirvo de intérprete de estos viejos [...]”. (p. 44)
4. Véase la edición preparada por Miguel León Portilla publicada por la Fundación de Investigaciones Sociales de la UNAM en 1986.
5. *La imprenta en México* (1539-1821), edición facsimilar, México, UNAM, 1989.
6. J. Toribio Medina, *op. cit.*, tomo II, p. 5.
7. Ignacio Osorio Romero en *El sueño criollo. José Antonio de Villerías y Roelas* (1695-1728) (México, UNAM, 1991) presenta uno de ellos.
8. Cfr. José Quiñones Melgoza, *Pagaza y su traducción de las odas y los épicos de Horacio*, México, 1989. En la terminología actual usada en México por algunos de los traductores de la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, traducción parafrástica es toda traducción que no se

- atiene a la letra del texto original. Por tanto, llaman así a la traducción en que el sentido del texto es la guía del traductor: traducir *sensum de sensu*, según la expresión de la teoría clásica de la traducción. Véase nuestra introducción a *Lenguaje y Tradición en México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1989, pp. 35-62.
9. Para una idea de la obra traductológica de Pagaza, pueden verse, amén del ya citado ensayo de José Quiñones Melgoza, Sergio López Mena (compilador), *Homenaje a Joaquín Arcadio Pagaza*, México, UNAM, 1992. El mismo Sergio López Mena había publicado en 1988 la traducción que Pagaza hizo de las *Bucólicas* de Virgilio (México, UNAM, 1988).
 10. En *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, UNAM, 1981, pp. 161-166.
 11. James Willis Rob, *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Biblioteca Nacional de México, 1974, X, 294 páginas. Esta bibliografía abarca el período de 1910 a 1970. En el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* de la UNAM, núm. 13 –enero-diciembre de 1976, pp. 195-217– y núms. 14-15 –1977-1978, pp. 611-626– aparecieron sendos suplementos a dicho *Repertorio* que hacen llegar la bibliografía sobre Reyes hasta 1977.
 12. Sin que esto signifique, necesariamente, la ausencia total de referencias al respecto. En 1981, por ejemplo, la UNAM publica un libro de homenaje a Reyes titulado *Alfonso Reyes: Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, en que se tocan algunos aspectos del Alfonso Reyes traductor.
 13. “Un balance de Alfonso Reyes”, en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, Nueva época, núm. 216, diciembre de 1988, p. 17. En 1949, lo había hecho ya Max Aub en una zarzuela que aparece en su *Alfonso Reyes*. Aub pone en boca de la Fama esta lista de aptitudes al proclamar a Reyes: Humanista / Ensayista / Preceptista / Prosista / Cuentista / Narrador / Traductor / Profesor / Dramador / Memorialista / Periodista / Poeta / Inventor. De la misma manera, Clara E. Lida en su discurso titulado “Alfonso Reyes y El Colegio de México” (N.R.F.H., Tomo XXXVII, Núm. 2, 1989, p. 481) menciona al “Reyes traductor” entre los otros Alfonso Reyes en que, dice, se lo ha “desmenuzado”.
 14. *Monterrey*, núm. 6: 1.
 15. *Obras Completas*, XI:157 y ss., (en adelante O.C.).
 16. Sin embargo, como ya se dirá más adelante, el mismo Reyes rechaza esta metáfora de lo que es traducir. Traducir no es el mecánico “trasiego del vino en vasijas”, dice en *La experiencia literaria*, p. 130.
 17. José Luis Martínez, *Alfonso Reyes Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

18. "De la traducción", *op. cit.*, p. 130. J.L. Martínez en la obra citada en la nota anterior da cuenta de la identidad de Pater y de la obra traducida por H. U.
19. O.C., XXIV:149-351
20. *El suicida* en O.C., Vol. III, p. 236.
21. O.C., XII:11-171.
22. Como aquella de las *Xenias Mansas de Goethe* dejada caer en *Monterrey* con ocasión del centenario del poeta alemán:

Tú, América, la pasas mejor
que nuestro viejo continente:
ni tienes castillos en ruinas,
ni tienes basaltos,
ni te turban en lo interior,
al tiempo que vives,
las inútiles remembranzas,
las contiendas vanas.
¡Goza tu hora con fortuna!
Y si dan en poetizar tus hijos,
librelos el hado propicio
de fábulas de hidalgos, bandidos y fantasmas.
23. En Alfonso Rangel Guerra, *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*, México, El Colegio de México, 1989, p.39.
24. *Op. cit.*, pp. 171 y ss.
25. Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Buenos Aires, EUDEBA, 1976, p. 70 y sig. Reyes confirma esta periodización en su *Historia documental de mis libros*, O. C., XXIV, pp. 149 y ss.
26. Publicada en Madrid, Calleja, 1917.
27. Aparecida en Madrid, Calleja, 1920.
28. Madrid, Calleja, 1921.
29. Madrid, Calleja, 1922.
30. Madrid, 1917.
31. Madrid, Calpe, 1919.
32. Madrid, Calpe, 1919.
33. Buenos Aires, 1938. En México no aparecería sino hasta 1955 en la Colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica. Por cierto, el volumen XXV de las *Obras Completas*, bajo la guía editorial de José Luis Martínez, incluye todo el ciclo Mallarmé incluyendo, desde el luego, el *Mallarmé entre nosotros*. Para un estudio completo del papel jugado por Reyes en la teoría y crítica de la traducción en México, debe estudiarse con cuidado estos textos: en el *Mallarmé entre nosotros*, en efecto, dedica un capítulo a lo que llama él "noticia de traductores" que puede muy bien ser tomado como ejemplo

de su labor crítica con respecto a la traducción. De la misma manera puede ser estudiado el apartado V de la misma obra que Reyes titula "varias traducciones".

34. Madrid, Calpe, 1922.
35. Alfonso Reyes se había adelantado a los teóricos de la traducción que postulaban que la traductología debía ser una rama de la estilística. Reyes está mucho antes que los franceses J. P. Vinay y J. Darbelnet quienes hacen una propuesta similar en 1958 con su *Stylistique comparée du français et de l'anglais*. En lengua española habrá que esperar la traducción de la Nueva Biblia Española en donde su traductor, Luis Alonso Schökel, finca en la misma bases como se puede ver en un libro suyo que publica con E. Zurro *La traducción bíblica: lingüística y estilística* (Madrid, Cristiandad, 1977). Alonso lo formula así: "es ilegítimo al traducir detenerse en la gramática y olvidar el estilo, permitir infracciones o alteraciones sintácticas y condenar las estilísticas". *Op. cit.*, p. 91.
36. José Luis Martínez, *Guía para la navegación de Alfonso Reyes*, México, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Colección Cátedras, 1992, pp. 51 y ss.
37. Número 121 de Breviarios del F.C.E.
38. Número 1 de Breviarios del Fondo.
39. O.C., XIX: 89 y sigs.
40. A. Botas e Hijo, 1922.
41. O.C., IX: 86-88.
42. *Correspondencia*: 28.
43. O.C., IV: 295.
44. E.A. Nida / Ch. R. Taber, *La traducción teoría y práctica*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1986, p. 19.
45. Por desgracia, el propósito de este ensayo no me permite abordar el importante asunto de las relaciones entre Gaos y Reyes por lo que hace al problema de la traducción. En *El Deslinde* es indudable la mano de Gaos en las partes relativas a la traducción; sin embargo, sólo una investigación minuciosa del caso puede dilucidar la cuestión. Lo que aquí diremos del asunto debe ser asumido como hipótesis de trabajo para nuestra ulterior búsqueda.
46. El subrayado es mío.
47. José Gaos, Introducción a *El ser y el tiempo de Martín Heidegger*, México, F.C.E., 1977, p.7.
48. Véase para ello Alfonso Rangel Guerra, *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*, México, El Colegio de México, 1989.
49. O, C., XII:11 y ss.
50. "De la traducción" en *La experiencia literaria*, *op. cit.*, p. 135
51. Ernesto Mejía Sánchez, "estudio Preliminar" en, Alfonso Reyes, *Obras Completas*, volumen XIX, primera reimpresión, 1982, p. 7.

52. Véase "Rumbos de Reyes" en *La gaceta del Fondo de Cultura Económica*, Nueva Época, núm. 220, abril de 1989, p. 8
53. O.C., XIX: 91.
54. O.C., XIX: 7-8.
55. *Op. cit.*
56. *Op. cit.*: 161
57. *Ibid.*: 164.
58. *Ibid.*: 166.
59. *La experiencia literaria*, México, F.C.E., pp. 130-144.
60. O.C., XVI: 342; *Notas*, N° 1:11
61. *Op. cit.* Pág. 138-139
62. *Ibid.*, p. 141.
63. *Op. cit.*, p. 91.
64. *Op. cit.*, p. 140.
65. O.C., XXI:107 y sigs.
66. Puede verse en *Burlas Literarias (1919-1922)*, México, 1947, pp. 7-15.
67. Dante Alighieri, *La vita nuova*, traducción de Francisco Almela y Vives, prólogo de Francisco Montes de Oca, México, UNAM, pp. 152 y sigs.
68. *Op. cit.*: 132.
69. *Ibid.*: 133.
70. *Ibid.*, p. 132.
71. *Ibid.*, p. 133.
72. Publicado por primera vez en 1932 en la *Revista de Occidente*, fue incorporado a *Mallarmé entre nosotros*, México, Tezontle, 1955.
73. Desde luego, no es esta la oportunidad de hacerlo pero bien valdría la pena un estudio sobre el concepto de estilo en Alfonso Reyes y su parentesco con la escuela española. Como primer apunte puede verse la "Carta a Alfonso Reyes sobre la estilística" que le dirige uno de los creadores de la escuela española de estilística, Amado Alonso. Véase Amado Alonso, *Materia y forma en poesía*, tercera reimpresión de la tercera edición, Madrid, Gredos, 1986, pp. 78-86.
74. O.C., XII: 11 y ss.
75. O.C., XIX: 91.
76. O.C., X: 268-270.
77. O.C., XV: 269.
78. *Ibid.*: 268.
79. *Ibid.*: 234
80. Véase para todo esto el magnífico texto de Alfonso Rangel Guerra, *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*, México, El Colegio de México, 1989, págs. 218 y sigs.
81. *Op. cit.*: 62.

82. A.R.G., *op. cit.*: 66.
83. *Op. cit.*: 74.
84. *Op. cit.*: 218-219.
85. En realidad, la teoría de la traducción que ha llegado hasta nosotros está matizada por la vieja teoría del conocimiento grecolatina que tuvo máximo desarrollo entre los *modistae* medievales: las ideas son las mismas para todos los seres humanos; pues la realidad extralingüística es la misma y lo es también la razón humana. Por consiguiente, los seres humanos independientemente de su condición, abstraen de la realidad los mismos conceptos universales e independientes de la lengua. Lo que difiere es su manifestación lingüística. La lingüística contemporánea con Von Humboldt, en cambio, ha puesto de manifiesto que las lenguas matizan el conocimiento que los individuos tienen de la realidad: las palabras, por tanto, no son sólo el ropaje pasajero de unas ideas preexistentes y eternas, sino que son la manera como las ideas existen; la palabra conforma y moldea de tal manera a la idea que esta forma y este molde vienen a ser parte de la idea.
86. *La experiencia literaria*, p. 130.
87. *El Deslinde*, O.C., XV: 269-270.
88. *Op. cit.*
89. *Op. cit.*, pp. 224-225.
90. La paráfrasis, en realidad, es otra cosa. Es un tipo de texto parásito y remite a una textualidad derivada; es un texto que requiere, por ende, de otro texto no sólo para nacer sino para sustentarse. Como bien se sabe, la historia de la traducción muestra bien a las claras que muchos traductores y épocas entendieron por traducir el hacer paráfrasis a partir del texto original, recreándolo. En la actualidad, denominar paráfrasis a una traducción equivale a tacharla de falsa por infiel; es un insulto. "Paráfrasis", en efecto, es desde el *Westöstliche Diwan de Goethe*, también un vocablo muy frecuente para designar cierto tipo de traducciones; en concreto, para designar una pretendida traducción en la que el pretendido traductor lleva a cabo una recreación personal a partir del tema o temas desarrollados por el autor del texto original del que depende, por tanto, la paráfrasis. Goethe llama, con razón, a esa pretendida traducción *paraphrastisch, suppletorisch, parodistisch*. Y tenía como paradigmas de ella a las obras de algunos "traductores" del siglo XVIII, franceses sobre todo, conocidas como "las bellas infieles". Al lado de ellas, Goethe enumera otros dos tipos de traducción: aquella, muy practicada por los escolásticos, en que "la traducción sólo da el contenido del original", sus ideas; el tercer tipo de traducciones, en la clasificación de Goethe, "la única forma viable de traducción", en expresión de don José Alsina, es la que traduce no sólo el sentido del texto original sino también los procedimientos estilísticos del original cualesquiera que ellos sean.

91. O.C., XV: 288 ss.
92. O.C., XIII: 18.
93. O.C., VII: 152 ss.
94. *Op. cit.*, p.153.
95. *Op. cit.*, p.154.
96. Núm. 8, Río de Janeiro, marzo de 1932, p.2.
97. J. Mounin, *Les problèmes théorique de la traduction*, Paris, Gallimard, 1963, p. 23 de la traducción española (*Los problemas teóricos de la traducción*, segunda edición, Madrid, Gredos, 1977).
98. G. Mounin, *op. cit.*, p. 26.
99. Los rumbos de Reyes en *La gaceta del Fondo de Cultura Económica*, *supra cit.* p. 109.
100. *Ibid*, p. 52.